

Premio Pulitzer de Música 2021 para la compositora cubana Tania
León: Memorias de un hallazgo revelador en Miami
Wilfredo Cancio Isla
incubadora edic.

Ninguna otra noticia puede llenarme de mayor satisfacción en esta semana que termina que el otorgamiento del Premio Pulitzer de Música 2021 a la compositora, pianista y directora orquestal cubana Tania León.

El premio se le concede a Tania por su obra "Stride", estrenada en el Lincoln Center de Nueva York con interpretación de la Orquesta Filarmónica de esa ciudad, en febrero de 2020. Una pieza que el jurado de la premiación ha definido como: "Un viaje musical lleno de sorpresas, con poderosos metales y motivos rítmicos que incorporan las tradiciones de la música negra de Estados Unidos y el Caribe en un tejido orquestal occidental".

Tania salió de Cuba en 1967 y se radicó en Nueva York, donde ha desarrollado su extraordinario quehacer musical. Ella es hoy una personalidad imprescindible del movimiento sinfónico contemporáneo en Estados Unidos, y a la vez, su obra constituye uno de los aportes más singulares al catálogo de la música cubana creada en la diáspora. Tania León es acaso la más arriesgada, la más indagadora y experimental de nuestros compositores sinfónicos en pleno siglo XXI.

Voy a recordar siempre a Tania como una persona fundamental para asimilar mi inserción en el universo cultural de Estados Unidos, sin menoscabo de mis pertenencias de identidad. Y, sobre todo, para entender el mosaico de diversidad del sur de la Florida como una comunidad culturalmente distinta, un laboratorio excepcional de confluencias en el escenario estadounidense. Insisto en que hablo de cultura en su sentido más raigal, para no pervertir la palabra con otras distorsiones localistas.

Estuve muy cerca de Tania poco después de mi aterrizaje como exiliado en Miami y su influjo fue mucho mayor de lo que ella misma pudo imaginar en ese momento de largas conversaciones compartidas.

La conocí en el verano de 1996, cuando ella vino a Miami para las audiciones de percusión para lo que sería la partitura de su obra "Drummin", un proyecto de integración sinfónica a través del lenguaje universal de los tambores, y que tuvo su estreno mundial en el Lincoln Center de Miami Beach en noviembre de 1997.

Durante semanas, Tania tuvo a Miami bajo el embrujo de los tambores, auditando percusionistas de todas las etnias y culturas presentes en la comunidad. Las sesiones llegaron a todos los barrios de la ciudad. El proyecto sumó a la coreógrafa Bebe Miller y al realizador Philip Mallory Jones, y fue una verdadera fiesta.

Me tocó seguir la ruta en sitios para escuchar los tambores de cubanos, afroamericanos, brasileños, peruanos, haitianos, japoneses, coreanos e indios americanos autóctonos. Tal vez nunca antes me resultó tan vital

aquel aserto de Fernando Ortiz de que en cada piel humana hay un tambor vibrando.

Al final, el alumbramiento de la síntesis sonora que Tania consiguió moldear entre todas aquellas complejidades rítmicas, se logró en el escenario de Miami Beach con 15 músicos de la New World Symphony de Miami y 21 percusionistas de diferentes orígenes musicales. Fue sin dudas una hazaña de integración, un espléndido alarde de sincronización e inventiva que solo una creadora de su talla podía materializar.

Por entonces hablamos mucho de Alejandro García Caturla y Amadeo Roldán como precursores de sus empeños de integración. Tania comprendió el reto de ambos músicos en rehabilitar los elementos de la música popular dentro de los géneros sinfónicos, y apropiarse de un lenguaje donde lo cubano brotase de sus esencias más auténticas y profundas, liberado de una mala profesión de fe nacionalista. Creo que toda esa savia la supo combinar con las lecciones aprendidas junto a maestros como Laszlo Halasz, Leonard Bernstein y Seiji Ozawa.

Cuando uno escucha una obra suya como "Ritual" (1987), escrita para piano solista, se enfrenta a algo que es una síntesis poderosa, un crisol de estilos de un acervo musical muy diverso, pero que me hace sentir algo de lo que soy, algo de donde vengo, del latido cubano que no es languidez melódica. Puro nervio y tensión, como una liturgia yoruba.

A los 78 años la artista ha logrado concebir "Stride" en esa misma dimensión de viaje personal hacia la inmensidad. Así lo define: "Lo es, absolutamente. En cierto modo, fue tu viaje, es mi viaje. Es el viaje de

todas las mujeres de este planeta. Pero es más que eso. Por eso hablo de la esencia de una persona. Algunos lo llaman el alma, otros el espíritu. Pero hay algo que es intangible. No se puede tocar, pero se puede sentir".

Felicidades, amiga Tania. Larga vida para tu plenitud artística y humana en este viaje sin fin.